



15

ALOCUCION CIVICA

QUE POR ENCARGO

DE LA JUNTA PATRIÓTICA

PRONUNCIO

EL CIUDADANO JUAN PEÑA

La noche del 15 de Setiembre de 1879.

PACHUCA.

Luis A. Escandon, tipógrafo.

1879.

CONCIUDADANOS:

Sesenta y nueve años há que en el humilde pueblo de Dolores se verificaba una escena insignificante, al parecer, pero grande y de resultados inmensos, en realidad, puesto que ella vino á cambiar el sér político de los mexicanos.

A la luz de postrísimas antorchas véase un pequeño grupo de guardas nocturnos y de personas de modesta condicion; un anciano venerable de frente espaciosa y de mirada de águila, les peroraba con entusiasmo; las campanas de la pequeña Iglesia se agitaban estrepitosamente mandando al aire sus alegres sonidos; animados vivas y otras demostraciones de regocijo se repetian sin interrupcion.. ..

¿Qué pasaba?

¿Anunciábase acaso alguna de aquellas fiestas religiosas tan comunes entre los habitantes de la Nueva-España?

¿Preparábase tal vez una de tantas procesiones en que santos aparecidos y milagrosos eran llevados en andas, con el fin de auventar la peste, ó á efecto de que un cielo sin nubes mandase copiosas lluvias á las sementeras?

No señores.

Aquella reunion tenia un objeto patriótico y sublime: el cura DON MIGUEL HIDALGO, corazon nacido para el bien y alma formada para el heroísmo, proclamaba ante el mundo la Independencia de su patria, víctima hacia mas de trescientos años de la tiranía del conquistador.

Por un hombre superficial y sin fé en el poder de la idea, tal demostración habria sido apreciada cual un acto de verdadera locura. ¿Cómo desafiar con un puñado de individuos, casi desarmados, á un Gobierno fortísimo por el poder avasallador de las bayonetas, por la fuerza poderosa de la tradición y por los sagrados lazos de la familia, estrechados durante tres centurias? ¿Cómo atreverse contra semejante Gobierno, que ademas de sus multiplicados recursos naturales, contaba con el apoyo de una gran Nacion, cuyas glorias militares no habia podido empañar el polvo de los siglos, y cuya constancia en la guerra podia apreciarse por el solo hecho de haber sostenido una lucha de ochocientos años contra el formidable poder de la media luna?

Temerario y hasta incensato hubiera sido, en efecto, lanzarse á la pelea con medios tan exíguos, si tras el humilde grupo que apareció en Dolores la memorable noche del 15 de Setiembre de 1810, no hubiera estado todo un pueblo pronto á sacrificarse. HIDALGO no puso en práctica su empresa, gigantesca y acaso sin igual en los fastos modernos, sino cuando se hubo convencido de que en el seno de la sociedad existian elementos suficientes para producir una gran revolucion social. Antes habia concebido un vasto plan que hubiera contado con la ayuda de hombres notables en el ejército, en el foro y en la política; habia tambien sondeado la opinion y persuadídose de que le era bajo todos conceptos favorable. El plan se habria realizado, produciendo un movimiento unánime; pero vendido HIDALGO en el confesionario, y descubierto ante sus enemigos, fuéle preciso afrontar por sí solo la empresa, seguro de que el pueblo, cansado ya de doblar la rodilla ante los déspotas, le seguiria sin vacilar, despreciando los castigos y aun la muerte.

Y no se equivocó HIDALGO en sus apreciaciones; las esperanzas que concibiera este anciano inmortal, tornáronse en realidades satisfactorias: el grupo denodado que tuvo la gloria de ser el primero en proclamar la libertad de México, perdióse bien pronto entre formidables masas de combatien-

tes, con las cuales el ínclito cura caminó hácia adelante, arrollando cuanto se oponia á su marcha victoriosa.

El mas importante de los triunfos que alcanzara, fué, sin duda, el obtenido en el cerro de las Cruces. Allí quedó destruido el brillante ejército mandado por Calleja; allí concluyeron, casi completamente, las tropas con que el gobierno colonial contaba para su inmediata defensa; allí quedaron en manos de los vencedores, elementos mil que aumentarían su fuerza y su prestigio: despues de esta gran victoria, el pánico llegó hasta el palacio mismo de los vireyes. Un paso mas, y la capital habria sido ocupada, resolviéndose en pocos meses y sin grandes sacrificios la árdua cuestion de nuestra Independencia.

¿Por qué HIDALGO retrocedió en su camino? ¿Por qué no selló sus victorias con la captura del virey que indudablemente hubiera sucumbido sin resistencia, y cuyo acto habria sido funestísimo á la causa española, casi perdida ya en la conciencia de sus propios defensores? La historia no resuelve aún este problema, si bien la razon se inclina á creer que aquel caudillo magnánimo retrocedió ante la idea de envolver en los horrores de la guerra á la primera ciudad del vireynato: probablemente su corazon humanitario, lastimado ya por las desoladoras escenas que tuvieron lugar en Guanajuato, al ser ocupado á viva fuerza, temió presenciar de nuevo aquellas matanzas y saqueos inevitables entre fuerzas indisciplinadas y victoriosas.

El retroceso de los insurgentes fué fatal á ellos y á su causa. La fortuna, que hasta entónces les fuera propicia, volvióles la espalda; y en el Puente Calderon quedaron destruidas las huestes mexicanas por aquel mismo D. Félix Calleja que en la batalla de las Cruces debió su salvacion á la fuga. Dios no quiso, tal vez, que adquiriésemos nuestra libertad sin grandes esfuerzos, para que así supiésemos estimarla en lo que vale.

A la pérdida de la batalla del Puente Calderon, siguióse el desastre de las Norias del Bajan. Traicionado HIDALGO por el pérfido Elizondo, fué fusilado en la ciudad de Chihuahua

donde reposan sus sagradas cenizas. Acaso habria salvado la vida, si renegando de su causa, hubiera hecho la vergonzosa retractacion que sus enemigos exijian; pero grande y siempre generoso, aun en el infortunio, prefirió subir al cadalso, cumpliendo así el santo propósito de inmolarse en aras de la libertad, para que su muerte sirviese de ejemplo á quienes le sobrevivieran.—;Noble sacrificio que la imparcial historia ha consignado con su pluma de fuego, para que las futuras generaciones guarden en su corazon la memoria bendita del mártir, ante cuyo nombre se inclina hoy la patria con respeto profundo!

La sangre de HIDALGO y de otros dignos colaboradores suyos, no fué estéril. Los héroes se sucedieron. El despotismo multiplicó las ejecuciones, y patriótas verdaderamente denodados, cual el insigne MORELOS, bajaron á la tumba heridos por la mano de la tiranía y dejando á sus hermanos gimiendo aún entre cadenas. Pero la lucha continuó: las nieves de ocho inviernos fueron enrojecidas por la sangre de opresores y oprimidos. Momentos hubo en que la causa de la Independencia se creyó enteramente perdida; mas la constancia de GUERRERO y de otros esforzados campeones, hízola triunfar el memorable 27 de Setiembre de 1821, día de grata remembranza en que se consumó la empresa comenzada en el humilde pueblo de Dolores.

De entónces acá ha trascurrido mas de medio siglo; el tiempo, siguiendo su marcha invariable, ha producido notables trasformaciones y registrado acontecimientos diversos á la vez que trascendentales. Y ahora, ante las queridas sombras de nuestros héroes, nosotros, los hombres de la actual generacion, ¿podríamos sostener sin ruborizarnos, que hemos obrado como buenos hijos? Ah, señores: forzoso es responder negativamente hundiendo la frente en el polvo; porque no habiendo sabido poner freno á nuestras pasiones, hemos hecho de este país privilegiado un teatro de sangrientas discordias conservando solamente por especial favor de

la Providencia una parte de la rica herencia que ellos nos conquistaron á costa de su existencia.

Más de media República perdimos, á causa de la injustificable invasion americana. Decepcionado el pueblo y debilitado por incesantes y estériles luchas fratricidas, permaneció indiferente, en su mayoría, cuando un extranjero osado ocupaba nuestros puertos y nuestras principales ciudades; y ¡triste es decirlo! una paz vergonzosa, comprada á costa de pérdidas inmensas, fué el resultado de aquella invasion, repelida apénas por un puñado de patriótas que inútilmente hubieron de sacrificarse en las horas solemnes de la adversidad.

Y plugiese al cielo que lección tan terrible hubiese sido aprovechada! Pero no: la codicia y el orgullo vinieron á sobreponerse al fin grandioso de salvar al país por medio de la union. Despreciando la experiencia amarga de lo pasado y desentendiéndose de avisos elocuentísimos con que Dios parece advertir á los pueblos que se empeñan en hundirse en los abismos de la anarquía, un partido refractario á los principios que la moderna civilizacion proclama como los más á propósito para alcanzar la felicidad social, provocó nuevas revueltas y nuevos trastornos; y vencido al fin, así en la discusion como en los campos de batalla, apeló al medio nefando de aliarse á un poder extraño, con el fin de recobrar su pasado dominio. Entónces volvieron aquellos dias luctuosos en que la patria se viera á merced de ejércitos extranjeros. Una tenebrosa noche de cuatro años oscureció el cielo de la República; ¡noche horrible apénas alumbraba por las teas de tropas incendiarias que redujeron á cenizas ciudades enteras como la infortunada Zitácuaro! Las leyes de la guerra y aun el sagrado derecho de gentes fueron brutalmente hollados. La equidad y la justicia, hipócritamente invocadas, fueron vilipendiadas y escarnecidas. Donde quiera se erigieron cadalsos para ahogar la voz del patriotismo. Leyes draconianas, aplicadas sin piedad á liberales inmaculados como Arteaga, Salazar, Romero y tantos republicanos heróicos, hicieron desaparecer

de entre nosotros á hombres de gran corazon é inteligencia. —México, en una palabra, fué víctima de ambiciosos coronados para quienes toda resistencia era un crimen; y habria perdido en autonomía, si el partido liberal, luchando hora por hora y alcanzando al fin espléndidas victorias, no hubiera roto en el Cerro de las Campanas la corona con que el César de la Francia quiso ceñir las cienes de un desgraciado y valeroso príncipe austriaco que pagó con su vida el triste ensayo de erigir un trono en esta parte del Continente americano.

Hasta aquí la responsabilidad de nuestros infortunios pesaba toda entera sobre los hombres del pasado, sobre aquellos que, oponiéndose á la voluntad de los mayorías, trataron de que prevaleciesen ideas egoístas que la justicia y la civilizacion rechazaban enérgicamente. Si los liberales habian sostenido una guerra cruenta durante la cual sucumbieron mexicanos dignísimos, cuya muerte merecè ser eternamente llorada, era porque existia la necesidad imperiosa de expulsar elementos que hacian imposible la consolidacion de la paz pública; porque era indispensable conquistar y afirmar principios saludables, sin los cuales México jamás habria podido alcanzar el progreso anhelado por todos los ciudadanos de rectas intenciones; porque mientras aquellos elementos existiesen en el seno de nuestra sociedad, no podia asegurarse el imperio de las libres instituciones que el país aceptara como las mas adecuadas á sus necesidades y aspiraciones. La libertad de conciencia arrancada de las garras del fanatismo; la extincion de fueros y preminencias; la igualdad ante la ley; la libre emision del pensamiento; el derecho de reunion; el ascenso á los puestos públicos, sin distincion de colores políticos; la abolicion de la pena de muerte..... Tales son, entre otras, las importantes conquistas obtenidas por el partido republicano; conquistas gloriosas que le harán aparecer grande ante la posteridad, y por las cuales la historia lo absolverá de toda culpabilidad, en cuanto á la sangre hasta entónces derramada, teniendo pre-

sente qué pueblo alguno ha podido afirmar conquistas semejantes, sin dejar tras sí la desolacion y la muerte.

Pero pagando merecido tributo á la justicia, forzoso es confesar que el mismo partido republicano, este partido que era considerado como el mejor sostén de la Nacion y que constituía las mas bellas esperanzas para el porvenir, se ha manchado con miserias y debilidades inexcusables. ¡Triste condicion del espíritu humano! Los que en dias de ruda prueba habian regado con sus lágrimas el amargo pan del destierro, por no contemporizar con los invasores de la Patria; los que habian marchado unidos y alegres al combate en defensa de las actuales instituciones, desnudos de todo interés y sin mas perspectiva que el infortunio y el patíbulo; los que contra todas las probabilidades humanas salieron triunfantes en una lucha colosal, cuyos pormenores fueron conocidos mas allá de los mares, elevando á México en el concepto de las Naciones ilustradas; esos hombres heróicos que debieron haber sido amigos hasta la muerte, dividiéronse por cuestiones de personalismo; y de esta funesta desunion han surgido desgracias incalculables.

Y ¿todo esto, para qué?

Hoy como ayer el aspirantismo levanta su monstruosa cabeza amenazándonos con nuevas revueltas; hoy como ayer existen peligros exteriores, con la notable desventaja de haber perdido la respetabilidad que habiamos adquirido ante el mundo, porque entre los males que la desunion trae consigo, ha resultado el de desacreditarnos mutuamente exagerando las faltas y menospreciando las virtudes; hoy como ayer los hombres emprendedores no tienen confianza, y las clases infelices carecen de pan y de trabajo; hoy como ayer la prensa clama contra abusos deplorables que dia á dia desprestigian el principio de autoridad; hoy como ayer el honrado padre de familia que quisiera para los suyos un porvenir de bienandanza, teme morir sin llevar al sepulcro la esperanza consoladora, de que sus hijos disfrutarán de los beneficios de la libertad, á tan alto precio conquistada.

Esto hará comprender á todos los hombres reflexivos

que es inútil fiar á las revoluciones el remedio de nuestros males; que el espíritu de partido, viendo las cosas bajo el falso prisma de la pasión, ataca lo que debiera respetar y promete lo que no puede cumplir; y ya que tantas veces hemos sido sordos á la voz de la razón, escuchémosla una ocasión siquiera, buscando nuestra felicidad por legítimos y pacíficos medios.

Difícil, muy difícil es la situación que atravesamos, pero siendo la paz la primera y más imperiosa de nuestras necesidades, y estando probado que los pueblos desean conservarla, esto será fácil, si los gobiernos siguen una política sana que aleje todo motivo de resentimiento. Corresponde al Gobierno General tomar la iniciativa en esta obra reparadora que le engrandecerá extraordinariamente ante la conciencia de los hombres pensadores. Si es un hecho que la voluntad del pueblo ha sido burlada en los comicios, déjesele en absoluta libertad de elegir á quien más confianza le inspire, para que el elegido sea debidamente respetado y sostenido: si existen peligros exteriores, conjúrense por medio de una diplomacia digna y elevada que descansa en los principios del derecho internacional, egida de las sociedades modernas: si las clases productoras, abrumadas por la pobreza, reclaman justas economías, llévense á cabo sin inquietarse por la grito de los perjudicados, seguro quien tal haga, que tendrá de su parte el incontrastable apoyo de la opinión pública: si, como es indudable, el país quiere estar representado por los mexicanos más sábios y esclarecidos, procúrese la realización de este justo deseo, el cual constituye una de las grandes exigencias de actualidad; sígase, en fin, una política excenta de todo interés de partido y basada en las grandes necesidades que nuestra sociedad experimenta. De este modo la paz se consolidará entre nosotros; y no una paz que tenga por origen el abatimiento de las clases, hundidas ahora en el indiferentismo y próximas á llegar al más doloroso desfallecimiento, á consecuencia de acerbos desengaños; sino una paz fundada en la libertad, en el orden, en el público bienestar, y á favor de la cual una robusta inmi-

gración, con sus arados, sus locomotoras y sus inventos transforme en un paraíso esta desventurada Nación, dotada por el Creador con tesoros inmensos.

¿Darán oído nuestros hombres públicos á estas indicaciones que apoya el sentido común? ¿Sabrán conjurar por patrióticos medios la tempestad que comienza á formarse en nuestro horizonte? ¿No se marchitarán nuestras esperanzas al soplo helado del desengaño?.....

Yo hubiera querido ¡oh pobre patria mia! no mezclar el dolor en esta noche de regocijo. Habría deseado presentar ante tus ojos llorosos, en vez de un cuadro sombrío en que se reflejan los deplorables errores del pasado, las tristes realidades del presente y las crueles incertidumbres del porvenir, un panorama risueño en que tus hijos apareciesen fuertes por la unión, grandes por el trabajo y ennoblecidos por la idea. ¡La fatalidad ha querido que en vez de flores te presente espinas que lastimarán tu noble corazón, martirizado ya con las tribulaciones de medio siglo. Comprendo tus dolores, y los lloro. Aprecio como es debido tus penas acerbadas, y sinceramente pido al Eterno, que desde su trono de diamante, mande hácia tí un rayo de consuelo y de esperanza.

Ojalá y en ocasiones como esta, cuando volvamos á conmemorar las heroicas acciones de nuestros antepasados, en lugar de balbutir frases tristísimas, motivadas por la perspectiva de épocas aciagas, podamos entonar entusiastas himnos, con la seguridad de que la patria de HIDALGO y de MORELOS, marchando ya sin vacilar por la honrosa senda del progreso, ha de llegar á la altura que merece por sus laudables esfuerzos y sus multiplicados sacrificios.

96
DISCURSO

QUE

El C. Dr. J. Cleuterio Gonzalez

PRONUNCIÓ,

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

QUE HIZO

EL R. AYUNTAMIENTO DE MONTEREY

ENTRE LOS ALUMNOS

MAS APROVECHADOS DE SUS ESCUELAS,

LA TARDE DEL DIA 29 DE AGOSTO

del año de 1880.

MONTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO, EN PALACIO,
á cargo de Viviano Flores.